

La Psicología del Yo, la energía psíquica y las vicisitudes de una explicación cuantitativa en la teoría psicoanalítica *

Bernard Apfelbaum
(Berkeley, California)

Podría decirse que las múltiples reconsideraciones sobre las concepciones de Freud, acerca de la energía psíquica, no han afectado la forma en que éstas son actualmente usadas. Esto se debe, en parte, a que dichas reconsideraciones han tenido lugar en el plano filosófico y fisiológico, sin tocar el marco referencial clínico sobre el cual se sustentan.

La aparente inmunidad de estos conceptos puede ser una consecuencia del principio de la teoría psicoanalítica, de que se requiere cierto número de enfoques diferentes para explicar la actividad psíquica. Por lo tanto, el enfoque económico como la sintetización de las concepciones freudianas sobre energía psíquica, debe ser utilizado en complementación con otros enfoques: dinámico, estructural, genético, etc. Se da por sentado que cada enfoque aislado es insuficiente. Así, el señalar las deficiencias del enfoque económico, parece meramente servir para confirmar esta suposición; asumiendo que cuando un enfoque es deficiente, deberá complementarse con otro. Además, dado que la actividad psíquica es tan compleja y que existe sobre tantos niveles, puede parecer ilógico eliminar un enfoque, como si la anatomía fuera dejada de lado en favor de la fisiología. Este trabajo plantea el punto de vista, que esta fácil aceptación de diferentes tipos de explicación, ventajosa en muchos aspectos, puede oscurecer filosofías opuestas.

En un reciente panel sobre el concepto de energía psíquica, informado por Modell (1963), Kubie criticó el enfoque económico, afirmando que las explicaciones

* Traducido del "International Journal of Psycho-Analysis", Vol. 46, 1965, Part. 2.

cuantitativas ofrecen solamente descripciones de comportamiento en términos metafóricos. El peligro radica en que estas descripciones, por lo común, tienen el sentido de explicaciones finalistas, ya que las metáforas cuantitativas aluden tanto a experiencias conscientes subjetivas, como formas populares de hablar acerca de los procesos psicológicos. Explicar el comportamiento sobre la base de cambios cuantitativos hipotéticos, también da un engañoso sentimiento de objetividad.

En otro trabajo, Kubie (1947) denominó a las formulaciones económicas “el eslabón más débil en todas las teorías actuales ~ la causalidad psicológica”.

En las discusiones del panel, la defensa del enfoque económico tomó varias formas, pero esencialmente se apoyó en el argumento de que las concepciones cuantitativas son clínicamente fructíferas y sobre la aseveración de que el enfoque cuantitativo nunca intentó dar la explicación final o total de la actividad psíquica. Los partidarios del enfoque económico, también resaltaron el hecho de que los modelos conceptuales, son a menudo, analogías o metáforas, y que el límite entre descripción y explicación, es difícil de establecer. Parece igualmente obvio que los modelos conceptuales son siempre provisorios, para servir a un propósito, hasta ser reemplazados por alguno mejor, y que el peligro” señalado por Kubie es solamente el riesgo de error conceptual, que siempre está presente y debe ser tenido en cuenta.

Considerando que la actividad psíquica tiene, tanto un aspecto cuantitativo como uno cualitativo, puede parecer quijotesco negar el enfoque cuantitativo. Así, Waelder dijo que el “había planeado alertar contra el concepto de energía psíquica, pero se encontró defendiéndolo”, ya que “en su favor estaba la convicción de que existía alguna fuente de energía, o cómo, si no, podríamos comprender la fatiga y la extenuación?”. En la misma línea, agregó, que se trata de un concepto viejo incorporado al lenguaje y anterior a Freud.

Por consiguiente, para algunos de los participantes del panel, pareció demasiado escrupuloso (aun defensivo) el criticar algo tan básico como el aspecto cuantitativo de las cosas.

Ellos sintieron que la crítica hecha por Kubie y Waelder sólo expresaba una inevitable insatisfacción con las concepciones provisorias de una ciencia joven. Uno de los objetivos del presente trabajo es mostrar que el peligro, sobre el cual advirtió Kubie no es solamente el riesgo calculado de un error conceptual, sino el riesgo de

usar un modelo no analítico para un material analítico. Este riesgo se convierte en peligro, ya *que* el modelo cuantitativo puede sutilmente exceder su status de hecho hipotético, y pareciendo asumir para sí el ineludible reconocimiento de ser casi un parámetro fisiológico. Este peligro es el más grande porque el enfoque multidimensional se asume para garantizar la integridad de las explicaciones finales, complementando los conceptos no analíticos con conceptos analíticos. Si este peligro fuera mejor reconocido por todos, se podría considerar que, si las concepciones de-energía tienen valor en el plano clínico, no tendría sentido abandonarlas. Como Holt —otro miembro del panel— lo expresó, el modelo de energía necesita una revisión, pero “tiene todavía una gran utilidad clínica, aunque se probara finalmente que no es enteramente útil”.

Otro objetivo -del presente trabajo es demostrar que esta aceptación es indefendible, ya que es principalmente en el nivel clínico donde las deficiencias del enfoque cuantitativo son más serias; más que en el campo filosófico o fisiológico. Las críticas de Kubie son todas en un nivel clínico, y se apoyan en breves ejemplos clínicos, tanto en el panel como en su trabajo anterior (mientras que Holt, aparentemente no presentó ejemplos que sustenten su opinión en la utilidad clínica del modelo energético).

La psicología del Yo se ha identificado progresivamente con los principios económico-estructurales, como lo evidencian los trabajos de Hartmann, Kris y Loewenstein, y de Rapaport.

El término “psicología del Yo”, en su origen, se refería a los desarrollos clínicos y teóricos de los años veinte, basado en la introducción que Freud hizo de conceptos más complejos sobre defensa y resistencia; marcando así la transición del “análisis del Ello” al “análisis del Yo”. A menudo se supone, con cierta superficialidad, que la psicología del Yo de Hartmann y col. representa un desarrollo teórico que se apoya en la Psicología del Yo de Freud y en la práctica analítica contemporánea.

Un propósito adicional de este trabajo es mostrar que la Psicología del Yo de Hartmann, no toma en cuenta los aspectos clínicos de la psicología del Yo, y no puede hacerlo dado el compromiso de Hartmann con la elaboración de sus formulaciones económico-estructurales. Estas formulaciones pueden ser consideradas como constituyendo un movimiento retrógrado, como un intento de volver al marco referencial ‘del psicoanálisis primitivo, a la perspectiva del método catártico y

el subsiguiente período de análisis del Ello. Estas formulaciones ofrecen también los ejemplos más claros del pensamiento cuantitativo, ya que representan un intento de construir “una teoría general del psicoanálisis” enteramente en la línea de explicaciones cuantitativas (económico-estructurales) (Rapaport, 1960 a).

EL TRATAMIENTO FISCALISTA

DE LA MOTIVACION

Como es bien sabido, muchas de las primeras especulaciones teóricas de Freud, eran un intento de emular la fisiología del siglo diecinueve, de Helmholtz y Brücke, tanto como su fisiología “fiscalista” era un intento de emular a los físicos de entonces. Bernfeld (1944) describe que el clima de esa época era tal que: “la ciencia y las fuerzas físicas, no eran meramente ideas o hipótesis directrices de intentos científicos; se convirtieron casi en objetos de adoración. Más que métodos de investigación, llegaron a ser «weltanschauung»”.

El caracteriza este punto de vista como una reacción contra el descuido intencional de la anterior “Filosofía-Natural”, un movimiento vitalista, místico, romántico, en el cual los acontecimientos orgánicos y cósmicos eran vistos como gobernados por influencias supraorgánicas. El recurrir a tales cuasi-religiosas fuerzas motivacionales era ajeno a una actitud racional. En el afán de excluir la noción de propósito y de destacar únicamente los efectos de las fuerzas físicas sobre- partículas materiales, el fenómeno de la intencionalidad era, a menudo, excluido, como un tópico no científico en las ciencias sociales en general, y así fue considerado en los primeros trabajos teóricos de Freud.

Las actividades que involucraban la intención, fueron excluidas del campo de estudio, a no ser que pudieran ser consideradas independientemente de su carácter propositivo. El mundo subjetivo de- la intencionalidad y de la significación estaba pues cerrado, salvo cuando era reducible a ciertas formulaciones altamente restringidas, basadas en fuerzas físicas y estructuras materiales.

La absoluta limitación de este criterio físico de objetividad, se encontró con la perspectiva del método catártico, con su énfasis sobre la conjunción de energías casi somáticas. Las primeras concepciones de Freud sobre las bases tóxicas de la ansiedad, fueron en este sentido, el estancamiento de la libido fue visto como un envenenamiento del sistema, causando la neurosis somática (neurastenia y

neurosis de- ansiedad). Los propósitos específicos no tomaban parte en la etiología de estas enfermedades. Ellas podrían haber sido causadas por propósitos conscientes o inconscientes, así como por restricciones puramente ambientales de la descarga libidinal. Sin embargo, Freud formuló paralelamente sus conceptos acerca de las neurosis de defensa (histeria y neurosis obsesiva) y no siguió el mismo criterio fisicalista en estas formulaciones, y así arriesgó al psicoanálisis a ser excluido del campo de las ciencias.

Su derivación de las neurosis de defensa de la concepción del conflicto psíquico y la represión estaba enteramente basada en el estudio del significado y propósito inconsciente. En este primer período, la solución de Freud fue mantener tales conceptos de intencionalidad restringidos al nivel clínico, eliminándolos del nivel teórico. El nivel clínico estaba representado por lo que él posteriormente llamó principio “dinámico” que engloba los aspectos cualitativos del interjuego de metas y propósitos conflictuales o integrados.

El punto de vista dinámico es exclusivamente psicoanalítico, teniendo poco en común con la física, la fisiología o la psicología general. El nivel teórico, representado por el principio económico, era para dar cuenta de estos fenómenos dinámicos y cualitativos, en términos completamente cuantitativos. La llave que usó Freud para sustentar esto, fue la separación conceptual entre fuerza motivacional¹ pura y motivación o meta propositiva (intencional). El concepto resultante de fuerza motivacional pura o energía psíquica, ofreció la oportunidad de dar cuenta de la actividad psíquica sin referencia a los propósitos. Y logró un sustento clínico en las formulaciones catárticas y toxicológicas.

La energía psíquica, así como la concepción análoga de la física, podrá no tener un propósito o un fin inherente. Era para ser aplicada en el mismo sentido en que los físicos aplicaban la hipótesis de un surgir de “fluido eléctrico” (Freud, 1894). En este nivel, la explicación psicoanalítica podrá ser expresada en términos de la física de las fuerzas, ejemplo: “los factores económicos de la energía psíquica”. Sin embargo, la fuerza motivacional pura puede ser guarnecida al contener y transmitir

¹ **Nota del traductor:** El original en inglés dice “motive”, palabra que puede ser traducida: motriz o motivacional.

estructuras. Para decirlo en otras palabras: una vez que los motivos son separados de sus fines, esto a su vez requiere la introducción de mecanismos que restituyan la función directriz de estos fines. En este sentido, la energía implica control. Como señala Rapaport (1960 a) “hasta tanto el comportamiento puede ser -determinado por impulsos, también puede- decirse que lo está por defensas y/o controles”. Lo que tiene en mente son aparatos que transmiten y guían, sistemas de canales y válvulas con estímulos intrínsecos y un umbral de respuesta.

Tales aparatos del Yo pueden fácilmente adquirir el status de dotaciones constitucionales, tal como en la afirmación de Rapaport, de que los aparatos del Yo de autonomía primaria, “son el único medio de acción que tiene el organismo”. Aunque esto no suene ya como hipotético, no es más que una afirmación de las consecuencias conceptuales de la separación entre los impulsos y los fines.

Una vez que el postulado energético es aceptado, los impulsos, considerados como pura fuerza motora, implican estructuras y controles.²

Aunque desde el punto de vista dinámico, puede fácilmente decirse que los impulsos implican propósitos. Entonces las estructuras y los controles pueden ser vistos “como propósitos organizados”.

El uso del concepto de estructura, en lugar del de propósito e intención, emerge más claramente cuando Rapaport, en el pasaje citado anteriormente, sugiere que las estructuras pueden operar independientemente- de los impulsos, y pueden tener los suyos propios (en una escala limitada). Si las estructuras invocadas para dirigir los impulsos pueden tener a su vez sus propios impulsos, vemos que la separación entre energía y estructura que el modelo físico demanda, no puede ser estrictamente mantenida, y que los aparatos del Yo se transforman más en principios activos, que en los deflectores y manipuladores inertes que el término sugiere. Si actúan, como lo hacen, por su propia cuenta, entonces estos aparatos son manifiestamente intencionales. Sin embargo, este es un caso especial en la

² Gill (1963, p.143), en una monografía que apareció cuando este trabajo estaba terminado expresa el sentido de inevitabilidad que acompaña a los conceptos estructurales, una vez que la energía psíquica es aceptada como un hecho constitucional: “Un aparato puramente de proceso-primario es inconcebible a causa de que una fuerza debe ser algo de alguna manera limitado, y ese límite debe ser, en sí mismo, un estructura”.

teoría. En el caso representativo, se ve menos claramente la función de los aparatos, como propósitos organizados. En resumen, los fines fueron separados de las motivaciones, dejando el impulso puro. Este impulso implicaba estructuras y controles, los cuales a su vez implicaban fines.

En el proceso de completar este ciclo, el concepto de control (estructura, aparato) ha tomado una complejidad casi-orgánica, no siendo ya su aspecto proposicional claramente re-conocido. Las disposiciones estructurales para actuar son consideradas como determinantes orgánicas, en un sentido casi reflejo. Como el más enérgico defensor de esta posición, Rapaport 1960 b) dice que el comportamiento determinado por defensas y controles es causado”, pero no “motivado”. Es como si dijéramos que tal comportamiento es simplemente un producto del funcionamiento del aparato, contrastando con el comportamiento estimulado por los impulsos de los cuales el aparato existe como mediador

El enfoque estructural, al ser desarrollado a lo largo de líneas cuantitativas, como en la Psicología del Yo, de Hartmann y Rapaport, genera varias categorías de controles, conducentes a crear una intención de naturaleza biológica. En el nivel más simple, se encuentran los “límites estructurales de descarga”, ejemplo: la naturaleza del organismo mismo puede ser considerada como teniendo un efecto de control sobre los impulsos. (Tal como la energía implica control, también implica estímulo y umbral de respuesta.) Esto incluye el concepto de secuencias de maduración como imposiciones sucesivas sobre los impulsos. En el nivel siguiente, están las funciones de control de un género organizado, sintetizado y equilibrado, y que pueden ser fácilmente visualizados en términos enteramente mecánicos, es decir, como innatos y orgánicos, operando independientemente de las intenciones conscientes o inconscientes.

Aceptada la metáfora energética, tales funciones parecen ser, lisa y llanamente, imprescindibles, así como la energía hidráulica sólo puede existir cuando está contenida en diques y canales. Por lo tanto, la suposición básica es, en esto, que tales controles están determinados por una selección natural. Así, la “adaptación” es la última fuerza a la que hay que recurrir en el intento de invocar “propósitos orgánicos”, tal como en las primeras teorías de Freud, la “autopreservación” estaba al servicio de esta función. El objetivo de Hartmann (1950) puede ser resumido en su afirmación, de que: “La psicología del Yo, al investigar más estrechamente, no

solamente- las capacidades adaptativas del Yo, sino también de sus funciones de «síntesis», de integración y de organización —esto es, la centralización del control funcional— ha extendido esta esfera, en la cual, una convergencia de conceptos analíticos y fisiológicos y especialmente fisiología cerebral, podría ser posible algún día”.

Todas las formulaciones de Hartmann se desarrollan buscando paralelos posibles entre los sistemas psíquicos y el sistema nervioso central; él emplea consistentemente la técnica (metateórica) de sistematización empleada por Freud, describiendo las organizaciones psíquicas como si fueran sistemas orgánicos fisiológicos. Hartmann (ibid, pp. 82f) llega al límite de esta somatización de las funciones de control, en sus especulaciones (confesadas como muy hipotéticas) acerca de las predisposiciones innatas para el desarrollo de ciertas clases de defensa.

Claramente no puede darse por sentado, que los controles sean dotaciones constitucionales y de la evolución datos en sentido fisiológico. Para explicar los efectos de la experiencia sin dejar de lado el marco referencial no intencional por el que optó, Hartmann recurre al “hábito”, como uno de sus conceptos clave.

En este sentido expresa: “Cada formación reactiva caracterológica, originada como defensa contra los impulsos, gradualmente tomará otras funciones en el trabajo del Yo. Como sabemos que los resultados de este desarrollo pueden ser algo estables, o hasta irreversibles en la mayoría de las condiciones normales, podemos llamarlas funciones autónomas, aunque con autonomía sólo secundaria”.

Esta es la concepción de que el ejercicio de una función imprime caracteres en ellas y que el tiempo y el uso fortalecen los hábitos. De este modo, la experiencia, gradualmente toma a su cargo el ensamble de los impulsos y de las estructuras conductoras de impulsos.

La idea de hábito ofrece un principio causal que sugiere una organización autónoma ‘de la fuerza motivacional, no requiriéndose un propósito para ponerlo en movimiento.

REPRESION Y SUPERYO

Esta interpretación fisicalística de las funciones de control, es lograda a costa

de una pérdida de la capacidad de analizar el aspecto dinámico, cualitativo de la motivación.

El conflicto y la represión, los dos conceptos dinámicos básicos, pueden ser representados, solamente, en forma restringida, en un modelo construido a semejanza de la física y la neurofisiología. Las intenciones activas y los significados inconscientes no pueden tener lugar en este esquema.

La “represión del Superyo” está excluida a causa de que involucra los efectos de significados inconscientes (fantasía, procesos de simbolización, ideales, etc.). Sin embargo, la represión del Yo, si es considerada en una forma especial, resulta apropiada para la esquematización en términos físicos y orgánicos. Este es el sentido en el cual el Yo es considerado como un agente interno de la realidad, concepto que compone la clave de la Psicología del Yo de Hartmann. La represión del Yo se convierte en una actividad al servicio de la adaptación, operando para reprimir los impulsos de acuerdo con las exigencias de la realidad. Si, por el contrario, el Yo es considerado como el agente de la realidad “subjetiva”, esto es, como un sistema de a: defensas, entonces su actividad no puede, fácilmente, igualarse con el principio de adaptación, y las intenciones y los significados inconscientes juegan un rol tan importante como en la represión instigada por el Superyo. Esto es el sentido fundamental que generalmente se le da a la represión, aunque la represión del Yo, en este caso, se ubica tan afuera de la esfera de la Psicología del Yo de Hartmann, como la represión del Superyo.

Esta es una de las razones por las cuales la Psicología del Yo de Hartmann ha focalizado su atención en la función libre de conflictos, en la adaptación a la realidad externa, y en la “reconciliación” con la psicología general. Esto también da cuenta en parte, del porqué su énfasis en el inconsciente no reprimido (umbral sensorio-motriz, la barrera del estímulo, la función sintética, las predisposiciones y capacidades innatas, etc.).

El énfasis en las funciones de control puede también ser visto como requerido por un esquema que depende de la suposición, que la represión está regulada por las presiones de la adaptación. La represión, en el sentido de adaptación, se acerca al significado de control. El control es fácilmente concebido como un requerimiento orgánico. La “maduración”, en el sentido de una capacidad del desarrollo (tal como el sumergimiento gradual del proceso primario en el secundario), puede también ser usada para tomar el lugar de la represión, ya que los procesos maduracionales son

naturalmente formulados, en términos físicoorgánicos.

Interpretado y esquematizado en esta forma, el conflicto psíquico y la represión son representados como el choque del impulso somático ciego, con umbrales casi orgánicos, barreras y estructuras trasmisoras.

Los significados e intenciones inconscientes, al filtrarse, aseguran el criterio fisicalístico, de que solamente las fuerzas físicas actuando sobre las estructuras materiales, podrán ponerlas en movimiento. Considerando la descripción de Rapaport (1951, pp. 694f; 1954, pp. 234f) del proceso de contra-catexis (visto desde el punto de vista del desarrollo): los primeros obstáculos a los impulsos son proporcionados por los límites estructurales de descarga, es decir, que los impulsos están obligados a conformarse a las características del sistema de canalización, con sus umbrales sensorio-motriz intrínsecos. El umbral del impulso puede elevarse a niveles superiores por la internalización de la demora impuesta por el mundo externo. Esta reflexión inicial y ese retardo de la energía originariamente móvil del impulso, lo debilita al grado de que parte de él puede quedar ‘ligado’ en las estructuras, por ejemplo, usado para la construcción de obstáculos ulteriores al flujo de energía .instintiva, elevando aún más los niveles de descarga. Como la demora aumenta y la desviación se hace más elaborada, mayor cantidad de energía queda disponible para ser ligada, produciendo estructuras jerárquicamente estratificadas, que actúan como diques y represas. “La analogía con un río, que en el lugar en que se enlentece construye bancos de arena para entorpecerse aún más, puede ayudarnos a ver lo que la evidencia parece sugerir”.

Así entonces, la energía destilada progresivamente, pierde eventualmente su propósito instintivo original, y como energía neutral puede ahora ser empleada al servicio de un propósito opuesto al original.

Así la meta del impulso instintivo es alterada desde su fin original (satisfacción de necesidad, reducción de tensiones) hacia el mantenimiento de la tensión, con reconocimiento de la realidad y socialización.

Los impulsos impelen y los controles (obstáculos a los impulsos) controlan. La energía como fuerza hidráulica, es una dotación constitucional; los controles son regulados por las leyes de homeostasis y adaptación.

Como Freud decía, en tono de chanza, al referirse a un caso físico similar, cambiando la metáfora hidráulica por una mecánica: “La cosa realmente parecía ser una máquina que, en cualquier momento, iba a salir corriendo por si misma

Su propia referencia era a su “Ensayo” inconcluso, de 1895, el cual, justo con el capítulo VII de “La interpretación de los sueños”, constituyen los precedentes de la “Teoría general del psicoanálisis” de Hartmann y Rapaport.

Con el objeto de: “Dotarnos de una psicología que será una ciencia natural; siendo su meta representar a los procesos psíquicos como estados determinables cuantitativamente, de partículas materiales especificables (las neuronas) . . . sujetas a las leyes generales del movimiento” (Introduction to the Project-Freud, 1950, p. 335).

Erikson (1955, p. 6) presenta su teoría temprana como:

“Conceptos físicos, tales como el principio de inercia y carga y descarga de energía, están combinados con conceptos histológicos para crear un Golem neurótico, en el cual todos aquellos enigmáticos fenómenos subjetivos de placer y dolor, de consciencia, pensamiento y memoria, sean mecánicamente demostrables y explicables sobre la base de un principio general de constancia solipsística interna”.

El destino de la represión, en el esquema, proporciona un punto a considerar. El trabajo se basa en tres partes. Kris (1954, p. 349) establece una cuarta: “La cual tiene que ver con la psicología de la represión, considerada por Freud como el «nódulo del enigma», la que evidentemente nunca fue completada. Mientras trabajó en este problema, las dudas de Freud aumentaron acerca de la fecundidad de esta línea de investigación que había comenzado en su «Ensayo»”.

Abandonó el trabajo en este punto y envió las tres primeras partes a Fliess y “no le pidió nunca su devolución, ni mostró nunca más interés por él” (ibid. p. 44). La represión, según la concepción dinámica original de Freud, no podría acomodarse a un enfoque físico y totalmente cuantitativo.

Igualmente, el Superyo sólo podía ser tratado en términos dinámicos-estructurales porque él se refiere a una organización de actitudes. Los Superyo son diferentes cualitativamente, es decir, por su tipo, por la presencia o ausencia de ciertas actitudes y patrones de relación.

En contraste con el Yo (o por lo menos con el Yo visto como agente de adaptación), es difícil construir una física del Superyo u organizarlo. No hay un paralelo con el concepto de “control” que nos autoriza para hablar del Yo fuertes o débiles. Los Superyo son llamados rígidos o indulgentes (distinción cualitativa) más que fuertes o débiles (distinción cuantitativa). Es obvio que el Superyo puede ser

más o menos estricto, tal como todos los motivos tienen un aspecto cuantitativo y uno cualitativo. Pero el Superyo no se puede caracterizar como fuerte o débil, precisamente porque es esencialmente de un contenido variable, que designa a un tipo de fuerza motivacional.

Por decirlo todavía con otras palabras, como destacamos antes, la operación fundamental de los fisicalistas es la de separar el propósito intencional del impulso motriz para poder crear el concepto de pura fuerza motivacional³ (la cual entonces, obedece a las leyes generales de movimiento e implica estructuras materiales para contenerla y guarecerla).

Esta operación no puede ser llevada a cabo en el Superyo porque éste es, en sí mismo, una colección de propósitos e intenciones.

Zetzel (1956) puntualiza que, a pesar de la importancia del Superyo para un enfoque estructural, él ha sido excluido del sistema.

“La atención que la mayoría de los analistas prestaron a la función y estructura del Superyo, en el primer período del enfoque estructural (Psicología del Yo de Freud) ha sido ahora ensombrecida en forma considerable por el énfasis puesto en el Yo y sus defensas”. (La referencia es aquí a la Psicología del Yo de Hartmann y Rapaport.) Mientras que este último (el Yo) se presta fácilmente para su reformulación en términos conceptuales abstractos, relacionados con la concepción original de Freud, acerca del aparato mental, el Superyo se presta menos para su formulación en los mismos términos (conceptuales abstractos). Glover (1947), refiriéndose al mismo problema, establece: “El Superyo es, del principio al fin, un concepto clínico”. Este alto nivel de abstracción es esencial, y hasta define al enfoque cuantitativo.

Las explicaciones en términos de fuerzas y estructuras, destinadas a excluir la referencia a los propósitos y significados inconscientes, resultan inevitablemente abstractas.

Para dar cuenta adecuadamente del *Superyo*, se requiere un enfoque dinámico-estructural, en el que los sistemas psíquicos son formulados como una organización

³ **Nota del traductor:** La palabra “motive” en inglés, designa tanto motriz como motivacional.

coherente de objetivos y propósitos.

Por eso, Rartmann (con Lowenstein, 1962) en una inusual referencia al Superyo, lo encuentra necesario para introducir algunas nociones dinámicas, pero su principal atención es ver hasta qué punto el Superyo puede ser tratado como un órgano (cuya función es “civilizar”) y como un fenómeno de maduración (con lo que él significa que sólo puede realizarse en una medida limitada, dado su estructura y alcance).

Hartmann y Rapaport se han encerrado dentro del enfoque económico estructural, para construir un sistema conceptual puramente físico, ajeno a conceptos cualitativos.

La monografía original de Hartmann (1939) (que dejó los cimientos para su Psicología del Yo), no contiene discusión alguna acerca del Superyo. Más notablemente aún, Rapaport (1960 a) en “La estructura de la teoría psicoanalítica, un ensayo de sistematización”, su enciclopédico esfuerzo para organizar la teoría analítica, no discute tampoco el Superyo, llegando a excluirlo de la sección correspondiente al enfoque estructural (en el que establece, en una nota al pie de página, que se referirá solamente al Yo, ya que. el tratamiento estructural del Superyo es todavía tan “inadecuado”) (ibid., p. 44).

Este olvido del Superyo, es un ejemplo significativo del peligro de usar un modelo cuantitativo para acontecimientos cualitativos.

La Psicología del Yo de Freud, del año veinte, estaba, en parte, inspirada por una nueva apreciación de la culpa inconsciente (como en la reacción terapéutica negativa) y el Superyo, introducido en esa época, era el núcleo principal de sus reformulaciones.

LA POSICION DE LA PSICOLOGIA DEL YO

EN LA CLINICA

El modelo cuantitativo implica una perspectiva clínica propia, seleccionando solamente, como lo hace, aquellas funciones que puedan ser expresadas cuantitativamente.

El peligro existente es que las formulaciones derivadas de este modelo pueden alcanzar amplia divulgación, mientras lleven suposiciones clínicas implícitas, que podrían no tener la misma aceptación si fueran explicitadas.

Zetzel (1956) expone algunas de estas aseveraciones mediante el contraste con la teoría kleniana. Este método resulta provechoso, ya que Klein se ocupa exclusivamente del significado y la fantasía inconscientes, que son justamente, aquellos fenómenos que Hartmann y sus colaboradores, excluyen. Klein considera que la realidad interna es lo primordial, en oposición con la prominencia en la teoría de la psicología del Yo, que le es correlativa, de la adaptación a la realidad externa. Donde Klein ve impulsos destructivos innatos, la teoría del Yo enfatiza la agresión como respuesta a la frustración externa. Donde Klein considera que el conflicto se origina en el significado interno de los acontecimientos externos, la teoría del Yo se inclina a ver el conflicto como originado, al menos en la vida temprana, como una oposición entre la necesidad adaptativa de preservación del objeto, y los impulsos internos para destruirlo. Klein cree que la adaptación a la realidad está condicionada *por* el dominio sobre el mundo interno; y, por lo tanto, esta función adaptativa resulta subestimada en su teoría. Todos los conceptos casi-orgánicos, tales como principios del crecimiento, procesos maduracionales y funciones de control, tienen poca pertinencia en su perspectiva. *Por esta razón*, el proceso de *neutralización*, con sus diques y represas en su trabajo de destilación de los impulsos, no tiene sentido para Klein. Desde su punto de vista, toda la actividad tiene consecuencias inconscientes. La energía instintiva se hace disponible para una actividad, cuando tiene *una* simbolización apropiada o una significación en la fantasía.

Hartmann sostiene un punto de vista opuesto, en el cual, el grado de libertad de la acción, depende del grado de autonomía del Yo, es decir, de la medida en la cual la energía se ha liberado de su fuente inconsciente.

El estudio comparativo hecho por Zetzel de las dos teorías, demuestra que el modelo conceptual de la teoría del Yo, enfatiza, selectivamente, ciertas hipótesis clínicas sobre otras. El modo de considerar a la represión y al Superyo, también ilustra esto.

Así es como debiera ser, porque el propósito de un modelo, es para hacer tal selección. Sin embargo, para los más, esta selección no se ha hecho explícita, y en consecuencia, la evidencia clínica no aparece avanzada o desarrollada para sustentar el criterio de la selección hecha, o para indicar los fundamentos de la misma.

Como lo anota Zetzel, las formulaciones de Hartmann y sus colaboradores, están “relativamente divorciadas del contenido significativo”. Ella dramatiza este nivel de abstracción demostrando que la conceptualización de la agresión primitiva de Hartmann, Kris y Loewenstein, puede adaptarse fácilmente al punto de vista de Klein, sobre el mismo fenómeno, a pesar de las divergencias de estos autores con los puntos de vista de Klein.

Lo que viene a continuación, sugiere que el interés determinante de la teoría del Yo contemporáneo, es establecer su modelo físico-orgánico, en la creencia que esto traerá una eventual unión con la neurofisiología por un lado, y por el otro con la psicología general.

Las hipótesis clínicas pueden ser seleccionadas, con más dificultad, sobre fundamentos clínicos, que sobre la base de la analogía con el modelo. Como resultado, el énfasis clínico que surgiera de este modelo, no correspondería necesariamente al énfasis del psicoanálisis clínico. Apoyarse en el énfasis clínico del modelo cuantitativo, hace surgir inevitablemente el peligro de la superficialidad, ya que los conceptos cuantitativos, aplicados a la conducta humana, son principalmente descriptivos. Sirven a la función de lo que Kubie (1947) llama: “taquigrafía verbal, como cuando decimos de una persona, que está más o menos tensa, agresiva, deprimida o enamorada”. Es este tipo de descripción la que Kubie tiene en mente cuando alerta que en el enfoque económico, la descripción sustituye a la explicación.

Este riesgo puede ser fácilmente ilustrado por el uso de tales descripciones, como explicación, en el nivel del sentido común. Por ejemplo, la información de que una persona está más (o menos) enamorada, comunica una descripción importante. Sin embargo, en términos de sentido común, el amor puede también ser tratado

como una cantidad, con propósitos de aclaración; como cuando decimos que al niño exigente se le ha dado demasiado amor.

El reconocimiento de que tal descripción oculta patrones cualitativamente complejos, es la contribución del Psicoanálisis. De esta manera, el punto de vista analítico sostendrá que la madre,⁴ de quien se dice que ama demasiado, en realidad ama tan poco como la madre frustradora, aunque se trate de diferentes frustraciones. (Motivada por formaciones reactivas contra los deseos de despojar, hostilidad, y, en otro nivel, por necesidades de poseer, ser martirizado, gratificar vicariamente deseos infantiles, etc.) Desde el punto de vista cualitativo, la madre (o el padre) superindulgente, aconsejado a adoptar una actitud menos indulgente, puede solamente responder, sustituyendo ésta por otra forma de privación, quizá de tipo más directo.

En lo que las descripciones cuantitativas resultan más persuasivas es cuando se refieren a la experiencia de alivio de tensión. La persona que se siente menos tensa después de cortar leña, dar puñetazos a una pelota, o correr alrededor de la manzana, puede fácilmente creer que ha expulsado, literalmente, la tensión por gasto directo de energía. Pero fracasa en reconocer que ha logrado este alivio por el status de esos actos, como logros menores, en el enfrentamiento de inhibiciones mayores, y que la tensión tenía el sentido de estar bloqueado, indefenso o pasivo. Considerado así, disminuye el valor de estos actos, como desplazamientos, ya que involucra un estado de alerta de que las inhibiciones más importantes permanecen vigentes.

El sentido común no va más allá —y con esto cumple su propósito— de la noción de que la energía ha sido desplazada. Poco más se entiende trasladando esto a un lenguaje más elegante, como en las formulaciones de que la energía bloqueada en un canal, presiona para descargarse, a través de otro; o que la energía fluye de un modo, u objeto, a otro. Lo que se describe, en términos cuantitativos, es el proceso de ecuaciones simbólicas y equivalencias; si una cosa significa otra, puede ser experimentada como la otra. El proceso cualitativo se refleja en la tarea diaria del aprendizaje de los equivalentes simbólicos del lenguaje del paciente.

Como surge de la discusión de la teoría de Klein, detrás del concepto de

⁴ Nota del traductor: En inglés “parent” designa indistintamente a ambos miembros de la pareja parental.

neutralización está el supuesto de que la libertad para desplazar energía motora, depende, en la terminología de Rapaport, de “un debilitamiento del propósito instintivo original”.

El “debilitamiento” es el principio cuantitativo. Aunque este principio esté, o no, descrito en forma apropiada, no alude al proceso simbólico que se desplaza subyacentemente. (Bien puede ser que, hasta en el nivel neurofisiológico, los acontecimientos orgánicos pertinentes, puedan tener que ver con el rol de redes neuronales en la mediación de símbolos.)

Al construir relaciones cuantitativas, el punto de vista del sentido común se dirige enteramente a la experiencia consciente, e identifica el efecto como causa. (Como en el concepto de librarse de tensión.) Se invocan también, agentes internos casi-físicos, tales como niveles de energía somática, predisposiciones innatas, presencia o ausencia de capacidades, retrocesos y avances de maduración, fuerza y debilidad, y sobre todo, el hábito.

Todos ellos son conceptos estáticos, en el sentido de que no requieren ningún fin o propósito para determinar su existencia son fundamentos primarios del punto de vista motivacional. Satisfacen las necesidades del sentido común de explicar la conducta, mientras que evitan el reconocimiento del propósito y el significado inconsciente. Desde que el enfoque económico estructural de la teoría psicoanalítica tiene también el objetivo de evitar propósitos y significados inconscientes, comparte con el enfoque del sentido común estos artificios explicatorios estáticos.

Las groseras deficiencias del enfoque del sentido común muestran las vicisitudes, en un nivel más sofisticado, que son inherentes al marco referencial económico-estructural.

Este acuerdo con el sentido común, indica la forma en que el modelo cuantitativo de pensamiento puede producir formulaciones que se adecúen a una perspectiva no-analítica.

LA PSICOLOGIA DEL YO Y LA PRIMERA TEORIA PSICOANALITICA

La psicología del Yo contemporánea tiene su mayor afinidad con la primera teoría psicoanalítica y con el concepto primitivo de Freud de lo que constituye un modelo “científico” como guía. Como recalca Zetzel, Hartmann y Rapaport “siguiendo totalmente el enfoque freudiano” *del último capítulo* de “La interpretación de los sueños”, están interesados en la reformulación, en términos abstractos, relacionada con el concepto original de Freud, del aparato mental.

Hartmann (1950) reconoce esta asociación, pero sostiene que Freud mismo, nunca se apartó realmente del modelo primitivo:

“En sus comienzos, la Psicología del Yo de Freud fue erróneamente comprendida por muchos, analistas y no-analistas, como una desviación de su idea original sobre el fundamento biológico del análisis. Realmente la oposición se acerca a la verdad; es, en ciertos aspectos, más bien una reconciliación”.

Esta afirmación de congruencia entre las primeras ideas de Freud y Su psicología del Yo, parecen despreciar el hecho de que las formulaciones primeras estaban unidas a las primitivas perspectivas clínicas. (Las que Erikson llama sus “errores creadores”.)

En el esfuerzo por conservar las formulaciones primitivas, también las concepciones clínicas subyacentes son revividas. Estos conceptos estaban basados en la adaptación a la realidad (autoconservación), y en el Yo realista, en relación con el impulso somático ciego.

El recurrir a la adaptación a la realidad está representado por el principio de Freud (1893) de “Reacción adecuada”, ante los acontecimientos externos, siendo la reacción más adecuada, “una proeza”.

La concepción original del Yo era la de un Yo realista, mediador entre los requerimientos de adaptación y la presión del impulso. Como Waelder (1960, pp. 177f) lo analiza: “En los conceptos originales, el Yo estaba identificado con el consciente o... el preconscious”. El Yo significaba autopreservación, intereses, asuntos morales y estéticos

—todos esfuerzos y consideraciones conscientes—. A medida que esto fue dado por supuesto, el psicoanálisis, como la psicología del inconsciente, tuvo realmente poco motivo para dedicarle atención, ya que podía fácilmente suponerse que esto ya resultaba conocido para la psicología del saber popular, o a través de los

esfuerzos prefreudianos de la así llamada psicología “académica”; o que sería progresivamente conocida a través de los esfuerzos de la psicología no-analítica.

Luego vino la experiencia con el Yo inconsciente (defensas reprimidas) y el Superyo (culpa inconsciente). Esto trajo como consecuencia al Yo, al foco de interés de Freud, conduciéndolo a su reformulación como estructura defensiva. Como un agente de la realidad subjetiva (más que de la realidad objetiva), y a la Psicología del Yo de Freud.

Con la revisión del concepto del Yo, como agente biológico de control, parecería que la Psicología del Yo de Freud, constituye una separación de sus ideas biológicas iniciales. Aunque, como lo señala Modell (1963). “El intento de Freud, hacia el fin de su vida, de formular leyes cuantitativas, globales, gobernando a las funciones psíquicas, fue un retorno a su primera adhesión al estilo de conceptualización, usado por la escuela de Helmholtz”.

Sin embargo, citar este esfuerzo como representativo de la Psicología del Yo de Freud, parecería establecer un énfasis fuera de lugar. La armonización con las primeras ideas biológicas de Freud, de la cual habla Hartmann, es más *una* consecuencia de su propio trabajo y del de sus colaboradores, con su concentración en conceptos maduracionales innatos y casi-orgánicos. Por ejemplo, la concepción de Rapaport, del desarrollo de controles a partir de resistencias inmotivadas al libre fluir de los impulsos energéticos es referida a “los límites estructurales de descarga”, encuentra su contrapartida más cercana en la primera formulación biológica de Freud (1895), acerca de los obstáculos al impulso de energía como “la resistencia de la conducción subcortical” (sumas de excitación).

Esta formulación aparece en un trabajo de Freud sobre neurosis “tóxica”, en el cual el conflicto era visto en forma totalmente cuantitativa, como la presión de la excitación somática, combatida por un control consciente o inconsciente.

La primitiva teoría de Freud, incluía conceptos estructurales, pero en términos económicos. Este primer punto de vista, heredado por Rapaport, está lejos del reconocimiento del aspecto dinámico de la estructura psíquica, que constituye el centro de la Psicología del Yo de Freud.

Holt (1963), de quien puede decirse que comparte la posición de Rapaport, ofrece una razón diferente para mantener las formulaciones tempranas de Freud. Reconoce el rechazo de Freud al modelo fisicalístico, pero sugiere que esto no

estaba justificado solamente en los fundamentos teóricos, sino que era más el resultado de la necesidad de Freud de consolidar su identidad como psicólogo profundo, poniendo su *pasado* neurológico tras de sí.

Holt está en desacuerdo con Freud, que pensaba que el proyecto “se malogró completamente”, creyendo que, con algunas modificaciones, podría ser reinstalado.

Este interés, de parte de los psicólogos de la teoría del Yo, en recobrar los principios cuantitativos tempranos de Freud, está ilustrado también en el trabajo de Kris (1950), sobre “El significado de los primeros descubrimientos de Freud”. Kris diferencia dos contribuciones distintas hechas por Freud en “Estudios sobre la histeria”: 1) la conexión entre conflicto, defensa (represión) y síntoma; y 2) el principio de constancia.

Nuevamente, en la esfera de los psicólogos del Yo, conflicto y represión dan prioridad a las proposiciones puramente cuantitativas; Kris dedica su trabajo, por entero, al principio de constancia y a los conceptos de energía relacionados con él. El conflicto y la represión no son más mencionados. Sugiere que las formulaciones más significativas de ese período temprano, fueron el principio de constancia y el modelo del flujo de energía. A lo que Erikson llama el “Principio solipsístico de constancia interna” de Freud, que establece esencialmente que la tarea de la psiquis es mantener constante el nivel de excitación, por descarga del exceso de tensión.) Estas formulaciones reúnen el énfasis cuantitativo de la teoría psicoanalítica primitiva, que son un tributo a la formación de Freud, en la fisiología fisicalística de la época. Sin embargo, el principio de constancia y el modelo de fluir de energía, no representan una preferencia puramente teórica; sino que estaban muy unidos a las primeras concepciones clínicas, a la “cura del hablar” de Breuer, a la catarsis como método terapéutico, y a la abreacción como proceso curativo. Estas concepciones clínicas, suministran al proyecto la noción clave de la descarga neuronal.

La creencia en la efectividad terapéutica de la abreacción se basa en todos los conceptos primitivos de las neurosis, como estados tóxicos, de sumas de excitación y resistencia a su conducción, de estancamiento y descarga, y del alivio logrado por una reacción adecuada.

Jones (1957) hace notar que estas formulaciones de reducción de la tensión, como se ejemplifica en el principio de constancia, “parecen estar de acuerdo con la experiencia de Freud, acerca de la abreacción”. Freud (1894) comentó que la hipótesis de la energía psíquica “sustenta nuestra teoría de la abreacción”. Los psicólogos del Yo, aparentemente, creen que la teoría temprana puede ser sacada de su contexto clínico. Una revisión de este contexto puede ayudar a ilustrar su íntima conexión con la primitiva teoría de Freud.

EL MODELO DE LA ABREACCION

Tanto como en otras concepciones cuantitativas, la noción de “abreacción” está próxima a las nociones del sentido común —descargando presión-sacándose algo del pecho—. En el mundo del sentido común, estas metáforas fisicalísticas tienen el propósito de mantener el carácter aislado (disociado) de estos actos. Como ocurre frecuentemente con las nociones del sentido común, estas metáforas reflejan la experiencia consciente.

La expresión abreactiva conduce en sí a explicaciones físicas: la experiencia de liberación de inhibiciones es sentida como si el alivio, cuando ocurre, hubiera sido obtenido por un acto de descarga de energías previamente reprimidas. El punto de vista dinámico es, por supuesto, mucho más complejo. En el caso del enojo descargado, por ejemplo, la explicación dinámica toma en cuenta el propósito que existe incluido en la acumulación de presión; es decir, la necesidad de recurrir a injusticias o desprecios recibidos, para adquirir una justificación (masoquista). También se refiere a la necesidad de expresar la ira explosiva (para convencerse, a sí mismo y a los demás, de la gravedad de las provocaciones y del carácter poderoso de la rabia) e impulsivamente (reflejando la necesidad de suprimir las defensas que, ordinariamente, suprimen tal expresión).

Este punto de vista analítico *explica* inmediatamente porque, a menudo, posiblemente siempre, la abreacción sola falla, conduciendo al colapso postabreactivo, cuando la perspectiva defensiva se reafirma.

Este efecto residual no se toma en cuenta en la explicación del sentido común, considerando el efecto posterior o lateral, como un hecho aislado o como un acontecimiento somático. Puede ser inclusive, que los actos abreactivos ni siquiera

provoquen el alivio inicial.

La anulaci3n impulsiva de las defensas (p3rdida de Control) puede, en la mayoría de los casos, encontrarse con ansiedad inmediata y culpa. El punto de vista del sentido com3n, encara solamente las situaciones en que el alivio se produce. Quizás para que las nociones del sentido com3n puedan sobrevivir, deban ignorar las instancias negativas. El enfoque cuantitativo pasa por alto el hecho de que una abreacci3n exitosa depende fundamentalmente de la experiencia de una respuesta favorable del objeto. En la situaci3n terap3utica, el hecho de la transferencia o de la relaci3n, es el agente crucial. En una discusi3n acerca del "Mecanismo curativo de la abreacci3n", Bibring (1954) destaca que la abreacci3n "cuando se encuentra con la simpatía, provoca el sentimiento gratificante de ser «aceptado» y «entendido», de compartir responsabilidades, y de ese modo, ofrece reaseguramiento". Agrega que el acto abreactivo puede tambi3n gratificar ciertas necesidades narcisísticas.

Cuando la abreacci3n no se encuentra con simpatía, la descarga puede no traer alivio. Esto es, de alguna manera, super simplificaci3n, ya que una respuesta desfavorable, si est3 distorsionada o adecuadamente racionalizada, o si se da en el contexto especial de una fantasía acerca de la relaci3n, puede tambi3n traer alivio. De todas maneras, es claro que el fen3meno de des-carga, aunque importante en la experiencia consciente de alivio, tiene poco que ver con la g3nesis del alivio. Las formulaciones cuantitativas, limitando su penetraci3n a un nivel descriptivo, se centran en el fen3meno de descarga, y así est3n inclinadas a pasar por alto los agentes efectivos que subyacen a la abreacci3n.

Aunque ahora se piensa en la abreacci3n, como requiri3ndose solamente la voluntad de estar ahí con él, mientras el paciente descarga sus sentimientos reprimidos, en el m3todo catártico, practicado por Breuer y Freud, eran requeridas exhortaciones pacientes e intensas y apoyo para obtenerlo. Breuer (Breuer y Freud, pp. 35-37) da un ejemplo de la naturaleza exhaustiva del m3todo: para liberar la sordera hist3rica de Anna O., se requiri3 la investigaci3n de 303 ocasiones, detalladas separadamente, en las cuales este sntoma aparecía, involucrando personas y circunstancias, a menudo con fechas (en siete categorías de acontecimientos). Y este era solamente un sntoma entre su "parálisis t3nica" y anestias, des3rdenes visuales y auditivos de todo tipo, neuralgias, tos, temblores, etc. Entre los des3rdenes visuales solamente, Breuer registr3 siete, cada uno de los cuales tuvo que ser considerado por separado.

Otra indicación de lo que se exigía del terapeuta, surge de una nota de Breuer, donde dice: “Los hechos que ella describía eran tan faltos de interés y significación, y se contaban con tantos detalles, que no cabía dudas de que no habían sido inventados”. Freud (ibid., p. 265) comenta que el proceso es laborioso y lento, y que no se imaginaba usando el método catártico con un paciente que no fuera capaz de ganar su simpatía.

El método exigía un impulso vigoroso y el mantenimiento del interés, para focalizar y recordar las minucias de las experiencias del paciente, ya que a menudo era en el pequeño detalle desapercibido de una experiencia, donde radicaba, aparentemente, el origen de un síntoma, y desconocerlo significaba comprometer seriamente, o más aún, hacer fracasar totalmente el efecto terapéutico. El terapeuta no podía descorazonarse ante la tendencia del paciente que, una vez estimulado por el método, producía más y más recuerdos con detalles pesados. A pesar del claro reconocimiento de la necesidad de mantener un nivel alto de rapport terapéutico, el énfasis teórico sobre la descarga de energía era tal, que no daba lugar a los efectos de este rapport.

Invocar el retorno de tales teorías y trabajar en el presente con formulaciones derivadas del modelo de contención y des-carga, es implícitamente perpetuar los conceptos clínicos predinámicos. Aun en ese entonces, Freud (ibid., p. 264) reconoció la naturaleza limitada y provisional de sus concepciones, señalando que “vemos la más poderosa razón para deplorar nuestra carencia de una terapia, etiológicamente efectiva, pero no dejamos, también, de apreciar, por eso, el valor del procedimiento catártico, como terapia sintomática”.

Con el surgimiento de la Psicología del Yo de Freud, en los años veinte, la catarsis y el punto de vista cuantitativo, dejan su *lugar* para el énfasis sobre el papel de las defensas del Yo. Como lo indica Bibring (1937): “En la teoría de los mecanismos de defensa y resistencia, no hay ya más lugar para la catarsis”. Sin embargo, el método catártico continuó en el período intercurrente del “análisis del Ello”, como también puntualiza Bibring:

“En general se puede decir que, siempre que en la teoría de] proceso de cura, el acento principal está en el análisis o cambio del Ello, hay una tendencia a considerar la irrupción de los instintos, en el sentido de abreacción, como el proceso terapéutico esencial”.

La meta sigue siendo todavía la reducción de un montante de excitación. La continuación de las nociones catárticas es un vestigio del análisis del Ello, con su énfasis en la descarga, en sí misma, en la liberación de afectos contenidos. En la perspectiva del “análisis del Yo”, es menos probable que esta actividad sea vista como signo de profundización analítica; siendo más bien considerada como una función defensiva (acting-out) para evitar la investigación de los sentimientos, expresados en forma tan explosiva. Fenichel (1941, pp. 11-99) sugiere que el miedo a la intelectualización, que era parte de la perspectiva del análisis del Ello, lleva a “una valoración de las irrupciones emocionales”, recalando que estas abreacciones permiten derivativos que “se desvanecen como humo”. Indica que cuando el primer objetivo de “hacer consciente lo inconsciente” se reformuló, transformándose en la “fórmula dinámica” de “abolir resistencias”, la abreacción cedió lugar prominente a la elaboración...

Es entonces que Fenichel (ibid., pp. 22-100) asegura que, en las discusiones teóricas, hay una relación inversa entre el interés en la abreacción y en la elaboración, de tal manera que los “admiradores de la abreacción” correspondientemente desprecian la necesidad de la elaboración. Esto es una ilustración complementaria de que el concepto de abreacción, como proceso curativo, es enemigo de los principios del análisis del Yo (es decir, psicología clínica del Yo).

Pese a eso, las derivaciones del modelo de abreacción pueden ser particularmente tenaces, ya que sirven tanto al deseo de cuantificar “para darnos un sentimiento de madurez científica”, como lo señala Kubie (1959), como también para suministrar un dispositivo o aparato aislante; ejemplo, el terapeuta que teje, puede tranquilamente sentir que su actividad sirve para usar la “energía extra” que las consideraciones técnicas no permiten usar directamente en el lenguaje (negando entonces, el significado que tal actividad tiene, como síntoma contratransferencial).

Este ejemplo ofrece también una ilustración menor de la confusión conceptual, que puede crear la noción de descarga: se torna más difícil de ver, que el silencio puede ser una forma de descarga, tanto como lo es el lenguaje.

Otros tipos corrientes de conceptos cuantitativos tienen relación con los efectos de la fatiga. Nuevamente, el punto de vista popular, refleja la experiencia consciente: la creciente libertad (o menor control) sobre la acción, el pensamiento, o los sentimientos, que a veces acompaña a la fatiga, es considerada como causada por un agotamiento de la energía; por ejemplo, “estar demasiado cansado para preocuparse”. Otra vez, esta ecuación, aparentemente evidente en sí misma, omite el lado cualitativo, en este caso, los múltiples significados simbólicos de la fatiga. El agotamiento puede dar lugar a sentirse despojado o mal tratado; puede surgir el sentimiento de ser acreedor a algo. Tales sentimientos pueden manejarse, entonces, para justificar demandas que, de otra manera, serían inaceptables, planteándolas como un derecho, una recompensa o, al menos, como una compensación. En la primitiva teoría psicoanalítica, la aparición frecuente de la fatiga, debida al cuidado de un enfermo, en la etiología de los síntomas histéricos, se consideraba como evidencia de los desequilibrios de energía. Breuer (1895, p. 219) comenta que “en la anamnesis de la histeria encontramos con bastante frecuencia a los dos grandes factores patogénicos: el estar enamorada y cuidando a un enfermo”.

Freud también fue impactado por la frecuencia, en sus casos clínicos, del factor de haber estado cuidando a un miembro enfermo de la familia; creyendo entonces, que el agotamiento debilita el dominio de la consciencia primaria, permitiendo a las debilidades del dominio de la consciencia primaria, permitiendo a las acciones. En el caso de Elizabeth von R., enfatiza la naturaleza fatigante de su trabajo y la ocupación constante (falta de tiempo para la elaboración). Ahora resulta más claro que, como en este caso, el cuidado de un padre, puede enfrentarse con el penoso esfuerzo de renunciarse de deseos infantiles, y también que la autoridad que se ha vuelto débil y exigente, puede estimular la descarga de impulsos sádicos. Las defensas contra estos impulsos pueden estar debilitadas por las privaciones que demanda el trabajo de enfermera, y consecuentemente, aumentar el sentido de reconocimiento (como por el drenaje de la energía suministrada a las defensas por un esfuerzo físico inusual).

Sin embargo, Freud describe vividamente los conflictos de la paciente entre su amor por un joven (mientras cuidaba a su padre) y por el marido de su hermana, como asimismo, describe el síntoma (astasia-abasia) como una expresión somática

de su sentimiento subsecuente de desamparo.

Así, el concepto de conflicto y represión están claramente diseñados, pero Freud (ibid., p. 160) admite, a este respecto, en el conocido pasaje en el que lamenta la forma literaria de sus historiales clínicos, que en ese entonces les faltaba a estos conceptos “el sello serio de la ciencia

Erikson (1956) se refiere a esto como al “conflicto entre la urgencia creativa de decir, en términos psicológicos, lo que sólo la literatura había conocido antes que él, y por otra parte, su desesperada obediencia a la fisiología”. En ese entonces, Freud ejecutó una acción de sostén de la fisiología, al suplementar a sus conceptos de conflicto y represión, con la idea de que la causa inmediata para el fracaso parcial de la represión, era un empobrecimiento literal de la energía sobre las defensas, como se producía durante el cuidado de un enfermo, lo que desarreglaba la relación cuantitativa entre las estructuras psíquicas.

De esta manera, el punto de vista cuantitativo podía ser mantenido paralelamente junto con el enfoque cualitativo.

IMPLICACIONES TERAPEUTICAS

Resumiendo, se presenta una perspectiva conjunta de las primeras formulaciones meta-teóricas: las del sentido común Y las de la teoría contemporánea del Yo. El rasgo crucial de esta perspectiva es la exclusión del significado y propósito inconscientes, en el establecimiento de un marco cuantitativo. En el nivel del sentido común, esto sirve a los propósitos de aislamiento; en la primera teoría psicoanalítica y en la reciente teoría del Yo, representa el deseo de evitar el peligro del “Purposivism”, construyendo una teoría en términos de una cierta imagen de la física y la neurofisiología.

La explicación en estos términos, apela solamente a la noción de energía psíquica (fuerza motriz) pensada como separada del propósito motivacional, requerido por las estructuras (para restituir la función de intención en forma “organizada”).

La explicación de este tipo está más cerca de la descripción, y los patrones cualitativos son tratados como si fueran dimensiones (cuantitativas) continuamente variables. La “adaptación a la realidad” es necesariamente prominente, ya que los

procesos simbólicos internos están excluidos, y por lo tanto, al principio de adaptación se le pide que provea la razón última y la influencia directriz (en sustitución del propósito).

Esto conduce a enfatizar el control realístico, hecho por un Yo de adaptación. La represión, en el sentido de conflicto inconsciente entre propósitos motivacionales, está representada solamente en forma limitada. En su lugar se enfatiza el control sobre los impulsos mal adaptados, realizado por un Yo de adaptación.

En un sentido, esta perspectiva crea, o es creada, por una “filosofía cuantitativa”, en la cual la acción, pensada como des-carga, es vista como placentera, en sí misma. (Como en la primitiva concepción de la acción adecuada y la interpretación cuantitativa del desplazamiento y la abreacción.)

Como contraste, el control ejercido sobre la acción, puede ser visto como “sin motivación”. Si las estructuras de control están debilitadas, como en casos de fatiga (cuidado de un enfermo), sobreviene la descarga. El acento está en la renunciación (demora), como *una* necesidad del desarrollo. Este punto de vista refleja el ángulo del sentido común y de la experiencia consciente en lo relacionado con la descarga inmediata, como tentación placentera y correlativamente, ¡a prohibición y la inhibición como logros.

Las representaciones simplificadas del impulso y del control son rasgos característicos del enfoque cuantitativo. Esto aparecería en forma más clara (y perceptible), si Hartmann y Rapaport usaran más frecuentemente ejemplos clínicos. En lugar de ellos, usan analogías y metáforas visuales físicas orgánicas, en las cuales, conceptos cualitativos fijos, son dados por supuestos. La descripción de Rapaport de la contracatexis, en términos de un río, construyendo bancos de arena (citado antes), es un ejemplo de esto. En esta analogía, el impulso (como el fluir del agua) y el control (los bancos de arena obstaculizadores) existen de manera cualitativamente independientes, uno del otro, así como también, de las metas y propósitos inmediatos. Las cualidades esenciales del agua y de la arena son fijas y siempre autónomas entre sí; aunque están en una cierta relación inevitable, el uno no puede alterar la calidad del otro. La arena puede solamente, contener y desviar al río; nunca facilitar su fluir. Trasladado a términos clínicos, esto significa que cuando el control se relaja (debilidad, derrumbe, desmoronamiento), la descarga es inevitable.

Un caso a propósito es suministrado por un ejemplo clínico, usado por Rapaport

como evidencia del concepto de Hartmann de autonomía secundaria [discutido en extenso, en mi trabajo anterior (Apfelbaum, 1962)¹]. El sugiere que, ya que el altruismo, como motivación, permanece después de un análisis exitoso, a pesar de su origen de formaciones reactivas contra el sadismo, esto podría ser tomado como significando que el altruismo se ha vuelto autónomo. Lo que Rapaport no toma en cuenta, es que la principal dirección de una formación reactiva (ya sea altruismo, como una defensa contra el sadismo, o a la inversa) está basada en las identificaciones que proporcionan el estilo defensivo (el Yo es “el precipitado de catexias objetales”).

Lo que parece formación de hábitos, o autonomía secundaria, es realmente la operación de las identificaciones básicas, las cuales determinan por sí mismas el tipo de formación reactiva. Si esto pasa desapercibido, la influencia persistente de tales identificaciones, después que la necesidad de la formación reactiva ha pasado, puede parecer inmotivada (o motivada solamente por gratificaciones autosustentadas), y en consecuencia, una adquisición del hábito o autónoma.

Resulta más importante, para nuestro propósito presente, la aseveración de Rapaport, de que si el altruismo no se hubiera vuelto un hábito, el impulso sádico sería más fuerte después que la defensa contra él hubiera sido analizada exitosamente. Esta afirmación ilustra lo desorientador que resulta la consideración aislada de los conceptos de defensa y de impulso, fundada en un enfoque estructural cuantitativo.

El enfoque dinámico no estaría limitado por estas concepciones, cualitativamente fijas, de defensa e impulso. La respuesta a la pregunta de porqué la disolución analítica de las defensas no conduce a la manifestación de impulsos infantiles, sería que los impulsos retienen su carácter infantil como consecuencia de haber sido evitados. Cuando el impulso es admitido nuevamente, se adapta al nivel global de ajuste (Fenichel, 1937, 1941). Kubie (1947), en su crítica al enfoque económico, comenta la tendencia de las formulaciones cuantitativas, a aislar las estructuras psíquicas: “La introducción del principio estructural, en 1920, efectuó profundos cambios en ciertos aspectos de la teoría psicoanalítica. «El principio económico», sin embargo, fue trasladado de las formulaciones preestructurales a las postestructurales surgiendo como consecuencia que los conceptos del Ello, Yo y Superyo, son a menudo usados como si fueran entidades autónomas, sujetas a

fluctuaciones cuantitativas, independientes una de las otras”.

La discusión de Gill (1951) acerca de “La psicología del Yo y psicoterapia”, hace explícitas las implicaciones terapéuticas de este enfoque. El afirma que “la de decisión más importante es, acerca de si las defensas del Yo deben ser reforzadas o echadas abajo”, agregando que: “Si existe relativamente poca regresión y la adaptación a la realidad es suficientemente buena, todo lo que se necesita es reforzar las defensas. Si hay mucha regresión y está comprometida la capacidad de enfrentar la realidad, la remoción de las defensas puede abrumar a la parte sana del Yo, con los impulsos liberados del Ello”.

Las concepciones de defensa e impulso, contenidas en estas proposiciones, coinciden con las de Rapaport, y deben ser contrastadas con el punto de vista de que la transformación del impulso patológico es parte del proceso de la eliminación analítica de la defensa. Bibring (1937) lo expuso con mayor énfasis, al postular que los instintos tienen un curso de desarrollo biológico que, de ser interferido, *crea una “tensión de desarrollo”*. Cuando la interferencia (defensa) es eliminada, los instintos están liberados para reanudar su desarrollo progresivo. En otras palabras, al evitar los impulsos patológicos, las defensas también detienen el desarrollo y bloquean “la experiencia de gratificación, que ahora se hizo posible (como consecuencia de la eliminación analítica de las defensas) y que contribuye sobre todo, a la final eliminación del estancamiento patogénico de la energía instintiva” (Fenichel, 1937). Este punto de vista clínico, está cerrado para los teóricos fisicalistas, porque la energía no puede “evolucionar”. La metáfora de la energía descansa sobre el concepto de impulsión pura, mientras que “la tensión del desarrollo” se refiere a la impulsión, dirigida por metas que le son inherentes. Rapaport (1940, pp. 224f) expone el caso, desde el punto de vista fisicalista, al afirmar que los principios del crecimiento (tales como los de Bibring) sólo describen el comportamiento, en términos teleológicos, ofreciendo una descripción, en donde se requiere una explicación. El crecimiento terapéutico puede todavía ser explicado, como la vuelta del Yo a niveles previos del desarrollo, hasta donde había regresado. Así Gill dice que:

“En los casos fronterizos, con una marcada regresión, no es posible reforzar las defensas del Yo, con el propósito de restaurar un ajuste previamente satisfactorio, porque nunca lo hubo”.

Gill habla desde el punto de vista del esquema fisicalista, en el cual el

“crecimiento” en la terapia, es realmente, el restablecimiento de un nivel previo de adaptación y, por eso, no es tanto “crecimiento” como “recuperación”.

Las proposiciones de Gill, resulten válidas o no, en oposición a las expuestas por Bibring y Fenichel, expresan claramente una posición, desde la perspectiva teórica de la psicología del Yo, que las hace parecer inevitables.

Estas proposiciones indican la orientación que los psicólogos del Yo probablemente tomen, cuando consideran el material clínico; relacionando el problema cuantitativo con la fuerza del Yo y con el impulso como presión permanente de excitación somática, que puede inundar al Yo débil, si éste se encuentra adicionalmente debilitado. La concepción básica es la de un Yo de realidad, luchando contra impulsos de desadaptación. Se afirma que todo el potencial adaptativo radica en el Yo. Esto corresponde al punto de vista original de Freud, acerca del Yo como un agente de autopreservación. Sin embargo, cuando el Yo es visto como un sistema de defensas, en relación con la realidad subjetiva, está tan implicado en el fracaso de la adaptación, como lo están el Ello y el Superyo. Este reconocimiento es una parte esencial de la reformulación de Freud acerca del Yo. Mas aun, las fuerzas adaptativas pueden operar en las tres estructuras psíquicas, en el Ello (como sugiere el principio de Bibring) y en el Superyo (como el agente del compromiso mayor), tanto como en el Yo.

Es concebible que la “adaptación” tomará eventualmente el camino de la “autopreservación”, siendo ésta tratada como una consecuencia del funcionamiento del organismo en su totalidad, y sin un significado especial para la teoría psicoanalítica.

Freud (1926, p. 97) comenta que: “El Yo es idéntico al Ello, simplemente una parte especialmente diferenciada de él. Si pensamos en esta parte, en sí misma y como contradicción con la totalidad, o si un clivaje real ha ocurrido entre ambos, la debilidad del Yo se hace aparente. Pero si el Yo permanece soldado con el Ello e indistinguible de él, entonces manifiesta su fuerza”.

Agrega que, “en muchas situaciones, los dos están fundidos, y que como regla, podemos solamente distinguir uno del otro, cuando hay un estado de tensión o conflicto entre ellos”. Así en el estado ideal en el cual los impulsos ya no son más de tipo infantil, donde ya no se crea una tensión de desarrollo, el Yo y el Ello se unirían. La idea de control, tan prominente en la psicología del Yo contemporáneo, sería entonces difícil de aplicar. Significa esta fusión, ¿un control más fuerte, o la

falta de necesidad de control? En cualquiera de los casos, dentro del esquema cuantitativo, la energía no puede fundirse con las estructuras, sobre las que influye. Los conceptos cualitativos fijos pueden ser fuente de origen del relativo pesimismo expresado en las proposiciones de Gill. Zetzel (1956) expresa esta posibilidad, al considerar las implicaciones terapéuticas de la Psicología del Yo de Hartmann y col.: “El concepto de funciones autónomas del Yo, funcionando relativamente divorciadas del significado inconsciente y posiblemente surgiendo de causas innatas, es probable que conduzca a un relativo escepticismo, acerca de las posibilidades de efectuar mayores cambios en la estructura del carácter”.

Volviendo al debate del panel, sobre la energía psíquica, lo precedente es un intento de mostrar que el interés sobre los peligros creados por el uso del modelo cuantitativo, no es, ni una defensa acerca de modelos o metáforas, ni la falta de deseos de correr el riesgo de formular hipótesis incorrectas. Trato también de mostrar que el principio de causaciones múltiples, no puede apoyarse en la combinación de enfoques incompatibles; en este caso, de los enfoques económico y dinámico. Puede también mostrar que la especulación cuantitativa en un nivel metafórico, puede ser suficientemente abstracto como para ocultar su falta de congruencia con la teoría clínica. Como indica Waelder (1960, p. 185): “Todos los analistas de la psicología del Yo, que parten de los últimos trabajos de Freud, incluyendo las innovaciones hechas por Anna Freud, todavía caen en la consideración del análisis, como una psicología del inconsciente por ejemplo, se manejan con los aspectos inconscientes solamente y dejan otros problemas, tales como los de aprendizaje, percepción, pensamiento, a otras ramas de la psicología. Esto ha cambiado con el trabajo de Hartman”.

Aquí Waelder se refiere al interés de Hartmann en las capacidades innatas y en el área libre de conflictos. En estos problemas, Hartmann está más cerca del saber popular y del psicoanálisis primitivo, y en el nivel clínico, paradójicamente, más cerca del “análisis del Ello” que del “análisis del Yo”. Así, la “nueva” comprensión del Yo inconsciente y del Superyo, que constituye la Psicología del Yo de Freud, tiene poco que ver con la teoría de la Psicología del Yo contemporánea de Hartmann y col. Esto no quiere decir que los factores cuantitativos no existan, sino más bien, sugerir que la predilección por un modelo cuantitativo de pensamiento, expresa una filosofía implícita, quizás tanto en el nivel clínico como en el conceptual.

El uso del modelo cuantitativo para acontecimientos cualitativos, limita tanto el

ámbito como la profundidad de la explicación. La represión, el conflicto y la defensa, no pueden ser representadas en forma adecuada y el centro de interés se vuelve externo.

Empero, la tarea de la traducción cuantitativa de los hechos es llevada a cabo, únicamente en nombre de la objetividad y en la creencia de que ofrece simplemente un punto de vista más científico de las concepciones clínicas y una formulación, en un lenguaje más elegante, de los puntos de vista psicoanalíticos.

Traducido por **Vida M. de Prego y Marcelo**

Viñar.

BIBLIOGRAFIA

- APFELBAUM, B. (1962).— Some problems in contemporary ego psychology. "J. Amer. Psychoanal. Assoc.", 10.
- BERNFELD, S. (1944).— Freud's earliest theories and the school of Helmholtz. "Psychoanal. Quart.", 13.
- BIBRING, E. (1937).— The theory of the therapeutic results of psychoanalysis "Int. J. Psycho-Anal.", 18.
- (1954).— Psychoanalysis and the dynamic psychoterapies. "J. Amer. Psychoanal. Assoc.", 2.
- BREUER, J. and FREUD, S. (1895).— "Studies and Hysteria". S. E., 2.
- ERIKSON, E. H. (1955).— Freud's: The Origins of Psycho-Analysis. "Int. J. Psycho-Anal.", 36.
- (1956).— The first psychoanalyst". In: Freud and the Twentieth Century ed. E. Nelson. (New York: Meridian Press, 1957.)
- FENICHEL, O. (1937).— The theory of the therapeutic results of pschoanalysis. "Int. J. Psycho-Anal.", 18.
- (1.941).— "Problems of Psychoanalytic Technique". (New York: anal. Quarterly.)
- FREUD, S. (1893).— "On the psychological mechanism of hysterical phenomena". S.E., 3.
- (1894).— "The neuro-psychoses of defence". S. E., 3.
- (1895).— "On the grounds for detaching a particular syndrome from neurasthenia under the description «anxiety neurosis»". S. E., .3.
- (1926).— "Inhibitions, symptoms and anxiety". S. E., 20.
- (1950).— "The Origins of Psycho-Analysis". (London: Imago; New York: Basic Books, 1954.)

GILL, M. M. (1951).— Ego psychology and psychotherapy. "Psychoanal. Quart.", 20.

----- (1963).— Topography and Systems in Psychoanalytic Theory. "Psychological Issues", Monogr., 10.

GLOVER, E. (1947).— Basic mental concepts: their clinical and theoretical value. "Psychoanal. Quart.", 16.

HARTMANN, H. (1939).— "Ego Psychology and the problems of adaptation (New York: Int. Univ. Press, 1958.)

----- (1950).— Comments on the psychoanalytic theory of the ego. "Psychoanal.", Study Child, 5.

HARTMANN, H. and LOEWENSTEIN, R. M. (1962).— Notes on the use of the superego. "Psychoanal.", Study Child, 17.

HOLT, R. R. (1963).— "Two influences on Freud's scientific thought fragment of intellectual biography". In: The Study of Lives ed. R. W. White. (New York: Prentice-Hall.)

JONES, E. (1957).— "The Life and Work of Sigmund Freud", Vol. III. (New York: Basic Books.)

KRIS, E. (1950).— The significance of Freud's earliest discoveries. "Int. J. Psycho-Anal.", 31.

----- (1954).— "Introduction and Notes to The Origins of Psycho-Analysis ((Freud, 1950).

KUBIE, L. S. (1947).— The fallacious use of quantitative concepts in dynamic psychology. "Psychoanal. Quart.", 16.

----- (1959).— Discussion of A critical analysis of some aspects of the libido theory: the concepts of libidinal zones, aims, and modes of gratification by T. S. Szasz. "Ann. N. Y. Acad. Sci.", 76.

- MODELL, A. H. (1963).— Report of Panel Discussion on The concept of psychic energy. "J. Amer.Psychoanal.Assoc", 11.
- RAPAPORT. D. (1951).— "Organization" and Pathology of Thought. (New York: Columbia Univ. Press.)
- (1954).— "The conceptual model of psychoanalysis". In: Psychoanalytic Psychiatry and Psychology. Ed. R. P Knight and C. R Friedman. (New York: Int. Univ. Press.)
- (1960 a).— The Structure of Psychoanalytic. Theory a Systematizing Attempt. "Psychol. Issues", Monogr. 6.
- (1960 b).— "On the psychoanalytic theory of motivations. In: Nebraska Symposium on Motivation, ed. M. R. Joes. (Lincoln: Univ. of Nebraska Press.)
- WAELDER, R. (1960).— "Basic theory of Psychoanalysis. (New York: Int. Univ. Press.)
- ZETZEL, E. R. (1956).— An approach to the relation between concept and content in Psychoanalytic theory (with special reference to the work of Melanie Klein and her followers). "Psychoanal.", Study Child. 11.